

La difícil poesía del dolor

Llévame como un verso

LUZ MARY GIRALDO

Pontificia Universidad Javeriana,
Bogotá, 2011, 103 págs.

LLÉVAME COMO un verso es el bello título de un libro de poemas perteneciente a una escritora reconocida en el país por sus libros antológicos de cuentos colombianos y por sus ensayos críticos sobre narrativa colombiana. De hecho, como profesora universitaria, tiene también una amplia hoja de vida de su paso por los estudios literarios de varias universidades del país. Pero en realidad Luz Mary Giraldo (Ibagué, 1950) está publicando poesía desde 1974 y no ha parado. *El tiempo se volvió poema* (1974), *Camino de los sueños* (1981), *Con la vida* (1996), *Poemas* (1998), *Hoja por hoja* (2002), *Postal de viaje* (2003) y *Diario vivir* (2007).

Llévame como un verso es, podría deducirse, una obra de madurez, el ir llegando a una voz ya definitiva de quien ha llevado la poesía como su segundo traje, quizás, como lo que realmente le interesa por encima de sus muchos otros compromisos y escrituras y análisis críticos, etc. Aunque todo eso lo digo *motu proprio*, es lo que uno siempre encuentra en el sentimiento de los creadores de poesía, cuando se refieren a sus oficios y sus amores de verdad.

Acudo a un poema de otro libro de la escritora, *Postal de viaje* (Universidad Externado de Colombia, 2003), para mostrar lo que trae casi siempre el poema de Luz Mary Giraldo:

Si hubiera en este paisaje una mujer
estaría sola
si hubiera un hombre
sería un hombre solo.

Frente a un árbol
un pájaro entrena la soledad:
canto seco.

El hombre y la mujer solos
indiferentes al cielo y a los astros
oyen el canto de ese pájaro.

[“Paisaje árido”, pág. 40]

La desolación que se percibe en el poema es también una especie de mar-

ca de su poesía. El exilio, la soledad, el abandono, la palabra herida por su propia inutilidad. La felicidad es casi siempre un argumento último contra la fatalidad de la existencia, contra el dolor de vivir:

Perdimos nuestra razón de ser
y cada minuto es un naufragio.

[“Resistencia”, de *Llévame como un verso*, pág. 25]

En el acumulado de su poesía, el lector se encuentra ante una voz que dice casi a cualquier hora su angustia y su grito (aunque no es una voz altisonante) por lo que es la vida, por lo que constituye hasta el amor mismo. Entonces uno piensa en autores que también escribieron sus poemas bajo ese mismo signo de dolor y desolación. Y yo pienso, particularmente, en César Vallejo y en Anna Ajmátova, esta segunda invocada por la poeta colombiana, hasta tiene también un poema –en el otro libro que ya cité– que se llama “Réquiem”, como el emblemático poema de la rusa, pero cortísimo:

Con el viento a la sombra oyes
–tañido sin fortuna–
huesos que caen.

Tarde de corazones encogidos.

[pág. 42]

En la obra de ambos poetas (el peruano y la rusa), signada por el dolor, la muerte y la noche, no se va, en efecto, a una fiesta del espíritu. Pero sus poemas son iluminaciones, pese al tono neblinoso que exhiben casi siempre. El “Réquiem” de Ajmátova, poema largo escrito en diez partes y un epílogo, es un desgarramiento en torno al asesinato de su esposo y el apresamiento de su hijo a manos del régimen estalinista en la primera mitad del siglo XX, bajo una dictadura despótica y asesina. Y es un poema, puede uno decir, impreso en la memoria de la mejor poesía de todos los tiempos. Música, precisión y absoluta solvencia de una palabra enlutada y adolorida, pero jamás enturbiada ni por la confusión ni por la mala elección de ningún adjetivo, “Réquiem” parece cincelado para siempre en la memoria de los hombres, en la memoria de la gran poesía. Esas características formales son las que uno no encuentra siempre en la poesía de Giraldo, que escribe

un libro al dolor y en cierto sentido a la angustia de la vida (¿de su vida?), pero que no atina con la solidez y la fuerza de su palabra. Dice, por ejemplo, en “Negro horizonte” [pág. 29]:

En el negro horizonte
cae la noche como hoja seca
y en tu casa quedan frutos amargos.

Un reloj sin agujas atropella la
sombra
y en el fondo del caos
ya no puedes soñar.

Cruje tu respiración.
Resuena
en mi pecho roto.

Subrayo unos versos de un poema que no cito completo, porque quiero evidenciar la gratuidad (o lo disparatado) de unas imágenes que quieren, por encima de todo, mostrar la desolación o la soledad o la oscuridad. En el poema, la imagen debe mostrar una coherencia absoluta, que es donde radica su belleza, justamente. Decir “un reloj sin agujas que atropella la sombra” es decir casi nada, es decir nada. Y hay más en muchas partes del libro. En la página 32 está el poema “Monólogo del perdido”, que comienza:

Cómo poner fin a tanta
podredumbre
y olvidar las cruces donde naufraga
el sol
si el cielo invertido sostiene un
laberinto
y la noche se alarga con un plato de
adiós”.

Olvidar las cruces donde naufraga el sol es una imagen que, además de inaprehensible, carece de belleza, no parece provenir de un poeta, aunque es lo que creo que trata de demostrar ante todo la escritora. Pero la poesía no es de demostrar, sino de sentir y de usar las palabras que son, por sencillas que ellas sean. Mientras más sencillas, incluso, más poesía se encuentra, qué duda cabe.

Unas veces en primera persona del singular, otras en segunda, otras en tercera del plural, los poemas van diciendo (ya lo he señalado) acerca del dolor, de la soledad, del infortunio que es la vida, de la negrura (“Este oscuro malestar”, pág. 95) de casi todo. Y el lector se queda sin argumentos para saber si lo de la

POESÍA		RESEÑAS
<p>poeta es un dolor que lleva, de verdad, en el alma, si la vida la ha llevado a la conclusión de que todo es soledad y vacío, o si, siendo esos los temas que más le atraen, va hilando los poemas por momentos, por estados de ánimo, por lo que le van dictando las lecturas. De hecho muchos de sus poemas empiezan –“a la manera de los artistas del <i>collage</i> o los músicos de antes, que buscaban el primer impulso en una frase, un sonido, y lo denominaban un <i>pie</i>” dice Roberto Burgos en la presentación del libro– con un epígrafe de algún autor (Olga Orozco, Dulce María Loinaz, Gonzalo Rojas, Anna Ajmátova, Mahmud Darwish, Ida Vitale... muchos), o con alguna línea de la que ella “jala” y levanta su poema, al tenor de las palabras ajenas. En ambos casos (epígrafe y verso retomado) algo está señalando la autora, algo que es simplemente el homenaje a unos autores y su poesía, o la dependencia “literaria” de un tema que, parecería, lo dicta exclusivamente la necesidad de escribirlo, la angustia visceral.</p> <p>También anota Burgos Cantor en el prólogo, acerca del aire desolado de este poemario, que “el poema, entre la ignición y su voz rescatada por las vocaciones de la poeta, deja señas de cuanto le es arrancado; se impone como un refugio. La doble condición de la poesía: intemperie y amparo” [pág. 12]. Como en el caso de la poesía de Ajmátova, que ya anoté, creo que el verdadero amparo que confiere la poesía, aunque se trate del más peliagudo de los temas, tal como lo es la brutal desaparición de los seres más queridos, es la poesía misma, es decir, el verdadero triunfo de la palabra en el poema. Al poeta no le basta “pintar”</p> <p style="padding-left: 40px;">Tu voz amordazada no exclama ni siquiera dice ¡ay!</p> <p style="text-align: right;">[pág. 39]</p> <p>un panorama de desolación, negrura y derrota: para eso no se requiere ser poeta, y de esas expresiones está, digamos, plagada la insoportable realidad de la mala literatura.</p> <p>No es, pues, la poesía del dolor (por darle un nombre a lo que no tendría por qué tener un nombre) la oscura palabra de quien no encuentra otra forma de decir su condición, o la de los demás. Omitiendo la ironía, el humor, el epigrama, otras formas de la eficacia</p>	<p>literaria. Tampoco creo que:</p> <p style="padding-left: 40px;">Como bastón de peregrino el poeta con canto afónico dibuja el horizonte</p> <p style="text-align: center;">[En “Corazón de poeta”, pág. 97]</p> <p>No es afónica la voz, digo, de Vallejo, ni de Enrique Molina, ni de Emily Dickinson, por poner unos nombres, cuando cantan su dolor o el dolor de los demás. Son, por el contrario, lúcidas su voces, y alegres en el júbilo que prodiga el arte, la recia creación.</p> <p style="text-align: center;">Luis Germán Sierra J.</p>	